

3

VISIONES DE LA PATRIA. EL GRUPO DEL 98

La generación del 98

En el caldo de cultivo de la oposición al arte viejo encontramos otros escritores que en parte se confunden con el modernismo, en parte lo cultivaron y se separaron de él, en parte se opusieron a sus dictados. Aunque parece ser que los estudios más recientes tienden a unificar el gran movimiento literario de principios de siglo bajo el marbete de modernismo, parece cierto que existen unas características peculiares en lo que tradicionalmente se ha llamado Generación del 98. Los escritores que forman parte de ella son, frente a los modernistas, más reflexivos y ensimismados ("son los preocupados", escribió Salinas). Su acercamiento al hecho literario es bastante diverso. Más que una renovación estética, estos autores se preocupan por la política y la decadente situación de España; su objetivo es más didáctico que ornamental. Frente al modernismo, atento al goce del mundo exterior, los hombres del 98 presentan un movimiento concentrativo, analítico, de búsqueda de la poesía vulgar, doméstica, "intrahistórica".

Ambos movimientos se mezclaron y contaminaron mutuamente. Hasta aproximadamente 1910-1915 anduvieron juntos, en una especie de tregua, unidos por el rechazo de lo anterior; autores como Machado y Valle Inclán tienen sus orígenes indudables en las huestes modernistas. Poco a poco, sin embargo, van marcando distancias. Unamuno, en 1912 dirá: "Eternidad y no modernismo es lo que quiero" (*Contra esto y aquello*). De Machado recordamos que el «Autorretrato» escrito en 1910 dice que "(...) no amo los afeites de la actual cosmética / ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar". Valle-Inclán desbordará pronto los cauces simbolistas y creará un estilo personal cada día más valorado. En el caso de Azorín, Baroja y Maeztu, la cuestión es todavía más clara, pues apenas se aproximaron a la nueva estética.

Es conocido que fue Azorín en 1913 (con el precedente de Gabriel Maura) el primero que defendió el concepto de generación del 98 —y también es cierto que ya había hablado de generación del 96, y del 97, antes de fijar definitivamente el año del desastre como el esencial de su grupo. Esta "invención" del 98 fue contestada por Baroja y Maeztu, quienes no se consideraron involucrados; "yo no creo que haya habido ni que haya una generación de 1898. Si la hay, yo no pertenezco a ella", afirmó Baroja.



Valle Inclán, Azorín, Marañón y Ortega forman parte del grupo de amigos que retrató Ignacio Zuloaga

Lo cierto es que hay elementos históricos que aíslan a un grupo de escritores formado por Unamuno, Maeztu, Baroja, Azorín, Machado y Valle-Inclán (estos dos últimos con más dificultad) del resto de sus contemporáneos. Suele incluirse en esta nómina el nombre de Ángel Ganivet (1865-1898), personaje peculiar, amigo de Unamuno, diplomático y visionario que se suicidó a los 33 años. En 1897 publicó el *Idearium español*, en el que pretende profundizar y renovar las características típicamente españolas de estoicismo senequista, nobleza, caballerosidad y patriotismo, que constituyen nuestra naturaleza y nos diferencian de los racionales países europeos. Es autor, además, de dos interesantes novelas, *La conquista del reino de Maya* (1897) y *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* (1898), la primera satírica y política, la segunda lírica y autobiográfica.

En el año 1901 Ramiro de Maeztu, Pío Baroja y José Martínez Ruiz publican el llamado "Manifiesto de los tres", denuncia de las lacras sociales del país en la que proclaman la necesidad de aplicar la ciencia social a las injusticias. Ni la democracia, ni la religión, ni las ideologías sirven para remediar realmente el problema español, y la solución sólo puede provenir de un reformismo científico que traiga la regeneración del país. El cambio de tono con respecto al entorno literario modernista es evidente.

El resultado del llamamiento de los tres fue un completo fracaso. Nadie se hizo eco de sus propuestas. El desengaño se apoderó de ellos y será en lo sucesivo un lastre en sus respectivas personalidades que se revelará en sus obras. A partir de 1905, según Laín Entralgo, los tres efectuaron un giro idealista que les aleja de la acción y les empuja a la ensoñación desilusionada. Como los ilustrados del XVIII, estuvieron angustiados por el atraso del país, pero como no compartían idearios comunes, se mostraron confusos a la hora de aportar soluciones y las distancias se agrandaron. Algunos, como Baroja, creyeron que en una sociedad corrompida, el hombre honrado debía ser un ermitaño. Machado, en cambio, aumentó con los años su compromiso social. En general, distaron de ser liberales: su violento desprecio por la sociedad en que vivían se tradujo en el rechazo del parlamentarismo. Al mismo tiempo, la obsesión con "el problema de España" les condujo a análisis superficiales y escapistas.

La evolución de los hombres del 98 en el terreno de la política deriva así desde el radicalismo inicial hacia un paulatino despego por la política, cuando no hacia un conservadurismo conformista. Unamuno empezó perteneciendo al entonces marxista PSOE durante tres años (1894-97), para acabar apoyando el alzamiento que dio origen a la guerra civil (si bien es cierto que abandonó a los sublevados a raíz del "incidente de Salamanca"). Maeztu en *Hacia otra España* (1899) apoya las tesis socialistas; treinta años después, afirmará que las páginas de aquel libro merecerían todas el fuego de la hoguera. José Martínez Ruiz, antes de firmar como «Azorín» propagó las ideas anarquistas en explosivos folletos; su vida durante el franquismo fue cómoda y respetada y escribió asiduamente en la prensa más reaccionaria. Pío Baroja permaneció fiel al vago anarquismo en que consistió su postura ideológica, pero el miedo y la desesperanza le hicieron doblar la cerviz después de la guerra civil.

Los otros dos escritores matienen una evolución ideológica diferente. Valle Inclán evolucionó asombrosamente desde un carlismo estetizante, violento y feudal hasta las simpatías revolucionarias marxistas. Machado se mantuvo siempre solitario, pero izó la bandera republicana en el Ayuntamiento de Segovia, y siempre se mostró orgulloso de unas convicciones que le llevaron al exilio.

En definitiva, un inicial radicalismo se diluye en actitudes menos incendiarias, particulares e individuales en cada caso. Pero, en todo caso, ésta es la piedra de toque para separar a los hombres del 98 del estetizante modernismo. Su compromiso con España, aunque iniciado bajo el signo de la ciencia social, es más que nada un sentimiento, no una ideología razonada.

Esta peripecia vital tiene, sin embargo, unos puntos comunes. Todos nacieron entre 1864 (Unamuno) y 1875 (Machado y Maeztu); Valle nació en 1866, Baroja en 1872 y Azorín en 1873. Quiere esto decir que la pérdida de las posesiones de Ultramar les alcanzó entre los 23 y los 34 años, un periodo de máximo impulso literario. Son también los hombres del 98 gente de periferia: País Vasco (Unamuno, Baroja y Maeztu),

EL MANIFIESTO DE LOS TRES

Muy señor nuestro: deseosos los que firman de cooperar, dentro de sus modestas fuerzas, a la generación de un nuevo estado social en España, diríjense a usted, que tanto puede hacer por nuestra idea, y le invitan a prestar su adhesión, contribuyendo a concretar en hechos un ideal naciente.

Hay en estos momentos en España un gran número de hombres jóvenes, de ideas nuevas, trabajadores, humildes... Es cierto que no tienen una orientación única; tampoco la pueden tener. La desorientación actual es un resultado del medio ambiente. Uno de los caracteres típicos de nuestra época es la rápida digestión de los ideales. Hay en la atmósfera moral de este período en que vivimos un fermento tan enérgico de descomposición, que dogmas, utopías, fórmulas metafísicas, todo lo que no tiene una base positiva y exacta, aunque nazca lozano y alegre, lo digiere el ambiente con una rapidez inverosímil.

El sentimentalismo ha producido en sociología, sobre todo en política, una porción de sistemas que en determinado tiempo han parecido dogmas indiscutibles y al poco tiempo han sufrido una crisis tal que han llegado a ser olvidados y considerados como sueños de cerebros vacíos.

Los filósofos de nuestro tiempo han tratado de demostrar la relatividad de las ideas absolutas. Desde los enciclopedistas, que ríen el dogma religioso, hasta Schopenhauer, que trata de demostrar la insanidad de los prejuicios nacionales, y Nietzsche, que pone sus cuestiones más allá del concepto del bien y del mal, hay todos los grados de la destrucción.

Estamos asistiendo a la bancarrota de los dogmas; muchos de éstos, que hace años parecían como hermosas utopías, hoy están cuarteados, momificados, anuarán quizá intereses, servirán para defender lo creado, pero no tienen el carácter de estables.

Un viento de intranquilidad reina en el mundo.

En España, como decíamos antes, hay un gran número de hombres jóvenes que trabajan por un ideal vago. Esta gente joven no puede unir sus esfuerzos, porque no es posible que tenga un ideal común. Dada la pereza intelectual del país, dada la pérdida nacional del sentido de moralidad, lo más lógico es presumir que, de estos jóvenes -siguiendo el camino de la mayoría de los hombres de la generación anterior-, los afortunados engrosarán los partidos políticos, vivirán en la atmósfera de inmoralidad de nuestra vida pública y los fracasados irán a renegar constantemente del país y de los gobiernos en el rincón de una oficina o en la mesa de un café.

¿Se puede creer que esta fuerza de toda esta gente joven es inútil, sin aplicación, que no tiene nada de aprovechable? No. La cuestión es saberla aplicar, la cuestión es encontrar algo que canalice esa fuerza, algo que sirva de lazo de unión entre todas esas energías dispersas y sin rumbo.

No puede servir de base de unión de unos y otros el dogma religioso, que unos sienten y otros no, ni el doctrinarismo republicano o socialista, ni siquiera el ideal democrático, porque si muchos creen en la virtualidad de la democracia, otros la consideran como un absolutismo del número, que no ha producido ni producirá la liberación de la Humanidad, sino una especie de nuevos privilegios a favor de los más audaces y de los más indelicados.

Sin embargo, de esta disparidad de ideas y sentimientos, hay, entre todos los jóvenes, los que defienden el principio democrático y los que lo atacan, entre los que sustentan soluciones socialistas y los que no creen sino en aquéllas rabiosamente individualistas, en todos los que consciente o inconscientemente no están inmovilizados en el cielo de Zarathustra, un deseo altruista, común, de mejorar la vida de los miserables.

Y este mejoramiento sólo lo puede dar la ciencia, única base inderruible de la humanidad. El romanticismo no ha hecho más que perjudicarnos: las soluciones sentimentales no pueden ser nunca sólidas ni prácticas.

La aplicación de la ciencia social a las miserias de la vida puede ser el lazo de unión entre los hombres de tendencias altruistas. Al unir las aspiraciones de unos y de otros dentro de lo práctico y de lo posible, sin confundirlas en su parte doctrinal, sabemos que no vamos a realizar inmediatamente nuestros proyectos, pero queremos que las ideas se agiten, se aireen y que se conozcan las soluciones científicas de los problemas de los más interesados en resolverlos.

Aplicar los conocimientos de la ciencia en general a todas las llagas sociales, unas comunes a todos los países, otras peculiares de España, es nuestro deseo. Poner al descubierto las miserias de las gentes del campo, las dificultades y tristezas de millares de hambrientos, los horrores de la prostitución y del alcoholismo; señalar la necesidad de la fundación de las cajas de crédito agrícola, de la implantación del divorcio, como consecuencia de la ley de matrimonio civil.

Y después de esto, llevar a la vida las soluciones halladas, no por nosotros, sino por la ciencia experimental, deteniéndonos oportunamente allá donde se detenga, pero con las soluciones encontradas, no mostrarlas fríamente, sino propagarlas con entusiasmo, defenderlas con la palabra y con la pluma hasta producir un movimiento de opinión que pueda influir en los gobiernos y despierte las iniciativas particulares para aquellas soluciones en que por fortuna se pueda prescindir del Estado.

Diciembre de 1901.

Arturo Ramoneda, *Antología de la literatura española del siglo XX*, Madrid, SGEL, 1988; págs. 88-90.

Alicante (Azorín), Sevilla (Machado), Pontevedra (Valle-Inclán). La gran mayoría, sin embargo, volverá sus ojos hacia las tierras castellanas, identificándolas con España, y volcando en ella toda su subjetividad, sus sentimientos de amor y odio hacia una tierra que, «miserable, ayer dominadora, envuelta en sus andrajos, desprecia cuanto ignora», pero que representa unos valores y una espiritualidad sobria y esforzada. Como dice Azorín en su ya mencionado artículo de 1913, «la generación del 98 ama los viejos pueblos y el paisaje».

Los rasgos comunes de unos y otros (edad, evolución, castillacentrismo, nacimiento en la periferia) serían meras coincidencias si no existiera contacto personal entre ellos, y en ocasiones una amistad cierta. Ya hemos visto la formación del "grupo de los tres". No es caso aislado. En 1901 realizan juntos un viaje a Toledo y un homenaje en la tumba de Larra; en 1902, el homenaje a Baroja por la publicación de *Camino de perfección*; en 1905, la protesta por la concesión del Premio Nobel de Literatura a Echegaray, el símbolo de la España caduca que combatían... Desde aquí hasta la participación de Unamuno en la comida en honor a Valle-Inclán en 1932 se encadenan una serie de actos que unen esporádicamente a unos hombres ya embarcados en destinos independientes, desde la pobreza extrema que llegó a sobrellevar Valle hasta las tortuosas galerías personales machadianas. Cierto es que junto con ellos participaban muchos modernistas y escritores diversos.

Literariamente, nos remitimos otra vez a Azorín; dice en su artículo sobre «La generación del 98», incluido después en *Clásicos y modernos*:

«[La generación del 98] intenta resucitar los poetas primitivos (Berceo, Juan Ruiz, Santillana); da aire al fervor por el Greco, ya iniciado en Cataluña, y publica, dedicado al pintor cretense, el número único de un periódico: *Mercurio*; rehabilita a Góngora [...]; se declara romántica en el banquete ofrecido a Baroja, con motivo de su novela *Camino de perfección*; siente entusiasmo por Larra y en su honor realiza una peregrinación al cementerio en que estaba enterrado y lee un discurso ante su tumba, y en ella deposita ramos de violetas.»

Los modelos literarios de los jóvenes del 98 están explícitos. Sobre todos, Larra, que se convierte en un precursor. Pero también son devotos de Berceo y los clásicos, entre los que destaca el interés, compartido con los modernistas, por Góngora (y con él, por los clásicos del Siglo de Oro, con fray Luis a la cabeza). En general, se destacan dos notas de estas influencias. Por un lado, la vertiente del cuidado por el estilo, por la huida del prosaísmo. Por otro, la voluntad antirretórica y sobria. Ambas vertientes se unen en el interés por el vocabulario del campo y las palabras tradicionales que muestran desde Valle hasta Azorín. En todos ellos laten estas palabras con un calor subjetivo y eminentemente lírico, lirismo que Pedro Salinas señala como el signo de la literatura del siglo XX, incluso en autores (y cita a Azorín) que jamás escribieron un verso.

Maeztu

Ramiro de Maeztu (1875-1936) fue posiblemente el más radical, nietzscheano y revolucionario de los escritores del 98. Vasco como Unamuno y Baroja, no siguió estudios universitarios, fue soldado en la guerra de Cuba, activista político y emigrante en París. Vuelto a España en 1894, inicia su labor como periodista; escribe artículos en las revistas más progresistas, forma con Baroja y Azorín el «grupo de los tres» y fue corresponsal de guerra durante la Primera Guerra Mundial. A partir de estos años inicia un giro radical que lo aparta de sus ideas izquierdistas para pasar a defender posiciones cercanas al fascismo. Tal evolución, y su apoyo a la dictadura de Primo de Rivera le valen la embajada en Argentina de 1928 a 1930. Ingresó en la Real Academia en 1935. Es fusilado por los republicanos en 1936.

La primera obra de Maeztu, *Hacia otra España* (1899), teñida de marxismo y nietzscheanismo, defiende la regeneración nacional; crítica la parálisis del pueblo, y su atraso y voluntaria indolencia. Es la faceta más progresista de un Maeztu que en Cuba leía a los obreros de una plantación de tabaco obras de Ibsen, Tolstói y Kropotkin. El cambio ideológico que hemos descrito se observa ya en *La crisis del humanismo* (1919), donde se hace explícita su evolución hacia el catolicismo conservador. Literariamente, su obra más reseñable es *Don Quijote, Don Juan y la Celestina* (1926), tres paradigmas negativos de la cultura española, caracterizados respectivamente por el amor, el poder y el saber y que en sus carencias se condenan. Finalmente, *Defensa de la hispanidad* (1934) es la crítica destructiva de los valores europeos del racionalismo y del liberalismo, para ensalzar la acción evangelizadora de España y propugnar la acción conjunta de los países hispánicos, unidos por la fe, la cultura y el idioma.

Fue Maeztu un personaje apasionado e ingenuo, radical y entregado a sus escritos, frecuentemente no muy correctos, pero de gran fuerza expresiva. Su primera obra fue un ataque contra la oligarquía de la restauración; en las últimas rechazó sus iniciales entusiasmos, todo ello con radicalismo y pasión.

Unamuno

Miguel de Unamuno (1864-1936) es el mayor y más respetado de los hombres del 98, quienes le tuvieron por una especie de mentor o hermano mayor. Bilbaíno, estudió Filosofía y Letras en Madrid y ganó la cátedra de griego de la Universidad de Salamanca, ciudad en la que residiría casi toda su vida. Fue hombre contradictorio y polémico, impulsado por fuertes deseos de notoriedad y ansias religiosas sometidas a dudas y vacilaciones. Apasionado, se enfrentó al poder en muchas ocasiones, exageró sus conflictos personales y dejó gran huella en sus contemporáneos. Durante la dictadura de Primo de Rivera sus insultos con-

tra el Rey y contra el general le valieron el destierro a Fuerteventura, de donde escapó para vivir en París y Hendaya. Cuando regresó, en 1930, muchos pensaban en él como el futuro presidente de la inminente república. Diputado por Salamanca en las Cortes constituyentes y presidente del Consejo de Instrucción Pública, su relación con la política no respondió a las expectativas creadas. Cuando sobrevino el Alzamiento, comenzó apoyando a los sublevados al grito de «¡Viva España, soldados! Y ahora, a por el faraón de El Pardo», refiriéndose a Azaña. Sin embargo al poco tiempo se dio cuenta de su error y protagonizó el "incidente de Salamanca" que le valió su tercera destitución como rector de la Universidad de Salamanca (un triste record) y la reclusión en su casa, donde murió el 31 de diciembre del primer año de la guerra. En su epitafio dejó escrito lo siguiente:

Méteme, Señor, en tu pecho,
misterioso hogar,
que vengo deshecho
de tanto bregar.

Esta compleja personalidad no pudo menos que reflejarse en sus obras, a veces de modo dramático. Inicialmente vinculado al PSOE durante tres años, la fuerte crisis religiosa que sufrió en 1897 le apartó de la militancia y le encaminó hacia tendencias irracionalistas. La pérdida de la fe fue un hecho que nunca asumió y marcó su pensamiento con un signo de angustia ante la existencia o no de su fe religiosa. Esta lucha por la creencia se muestra en sus ensayos *Del sentimiento trágico de la vida* (1912) y *La agonía del cristianismo* (1925) y en las novelas *Niebla* (1914) y *San Manuel Bueno, mártir* (1931), así como en su abundante obra poética.

Su actitud ante España y la política fue, como queda dicho, extremista y errática. Simpatizante de las ideas de Joaquín Costa, el Unamuno cientifista investigó el carácter de lo español, la esencia y el paisaje constitutivo del carácter nacional. Sin embargo, poco a poco esta actitud se fue trasformando en un recelo ante el progreso; el europeísmo como vía de salvación fue dando paso al «¡Que inventen ellos!» que resume la voluntad de preservar una España diferente, ascética. Evidentemente, Unamuno identificó sus cuitas personales con los destinos de la colectividad. Sin embargo, ello no quita interés a sus profundas intuiciones sobre España y su carácter; la más importante sin duda es la formulación del concepto de intrahistoria: "la tradición eterna" que aflora en el presente, alejada del folclorismo colorista y del costumbrismo acríptico que predominaba entonces (y después). En estas preocupaciones escribe obras como *En torno al casticismo* (1895), *Vida de don Quijote y Sancho* (1905), *Andanzas y visiones españolas* (1922) y las novelas *Amor y pedagogía* (1902), *Abel Sánchez* (1917) o *La tía Tula* (1921).

Desde su primera novela, *Paz en la guerra* (1897), Unamuno mostró también gran preocupación por la escritura en sí, y por la novela en concreto. Su teoría y práctica de la novela se basaba en la eliminación de todo rasgo ornamental y superfluo y la exposición de la interioridad del personaje. Su narrativa, por lo tanto, se torna frecuentemente simbólica, confrontación de ideas o formulación de dilemas morales. Su afán de huir de lo consabido y de dejar cuenta de su personalidad le llevó a dar el nombre de *novelas* a sus novelas, queriendo dar a entender que se trataba de experimentos narrativos.

Cultivó Unamuno además la poesía y el teatro, y ambos géneros fueron extensiones de su personalidad, con las mismas obsesiones y desahogos personales y confesiones. En particular, como Cervantes, se quiso más poeta que otra cosa y, como él, es recordado por su prosa. Dijo Unamuno: «Al morir quisiera, ya que tengo alguna ambición, que dijesen de mí: ¡Fue todo un poeta!». De su *Cancionero* (1928-36), esta poesía puede compendiar gran parte de sus obsesiones: la vida como sueño, la muerte, el más allá y la literatura:

Leer, leer, leer, vivir la vida
que otros soñaron.
Leer, leer, leer, el alma olvida
las cosas que pasaron.
Se quedan las que quedan, las ficciones,
las flores de la pluma,
las solas, las humanas creaciones,
el poso de la espuma.
Leer, leer, leer; ¿seré lectura
mañana también yo?
¿Seré mi creador, mi criatura,
seré lo que pasó?

En definitiva, Unamuno fue el gran intelectual del primer cuarto de siglo. Admirado y odiado, fue imposible serle indiferente. El pueblo llano lo conoció y en él dejó huella, a pesar de su alta cultura y de su paternalismo condescendiente. Demasiado personalista, buscó atraer la atención en todo momento, pero dejó una sincera y desgarrada obra, llena de inteligencia y cultura. Inició brillantemente el desarrollo del ensayo en nuestro siglo, y al mismo tiempo escribió una poesía desnuda, difícil y de marcada rima.

EL INCIDENTE DE SALAMANCA

El episodio de Salamanca es conocido : asistían al acto, en el estrado del paraninfo, Unamuno, Carmen Polo, mujer de Franco, el obispo de la ciudad y el General Millán Astray. Entre el público, falangistas, autoridades locales, legionarios, catedráticos...

Mientras Millán Astray arrojaba sobre los presentes brutalidades de cuartel, a Unamuno con semblante serio, se le veía garabatear, nervioso, en una cuartilla algunas acotaciones...

Se ha reconstruido (con variantes, según los biógrafos) lo que dijo el viejo rector, cuando le tocó turno de intervención, tras don José María Ramos, el dominico padre Vicente Beltrán de Heredia, don Francisco Maldonado de Guevara y José María Pemán.

El silencio que se hizo fue profundo. Todos comprendieron que de aquel anciano con cabeza de búho podía venir para el Glorioso Alzamiento el refrendo que tanto precisaban. Como el oráculo, lo escucharon.

«Estáis esperando mis palabras. Me conocéis bien y sabéis que soy incapaz de permanecer en silencio. Callar, a veces, significa mentir - empezó diciendo-, porque el silencio puede interpretarse como aquiescencia.

»Había dicho que no quería hablar, porque me conozco ; pero se me ha tirado de la lengua y debo hacerlo. Se ha hablado aquí de guerra internacional en defensa de la civilización cristiana ; yo mismo lo he hecho otras veces. Pero no, la nuestra es sólo una guerra incivil y sé lo que digo. Vencer no es convencer y hay que convencer sobre todo, y no puede convencer el odio que no deja lugar para la compasión ; el odio a la inteligencia, que es crítica y diferenciadora, inquisitiva, mas no de inquisición. Quisiera comentar el discurso (por llamarlo de alguna forma) del profesor Maldonado. Dejemos aparte el insulto personal que supone la repentina explosión de ofensas contra vascos y catalanes. El obispo, quiera o no, es catalán, nacido en Barcelona, para enseñarnos la doctrina cristiana, que no queréis conocer, y yo, que, como sabéis, nací en Bilbao, soy vasco y llevo toda mi vida enseñándoos la lengua española, que no sabéis. Eso sí es Imperio, el de la lengua española, y no...»

Millán Astray, que llevaba un buen rato nervioso, golpeaba con su única mano la mesa e interrumpió con impertinencia : «¿Puedo hablar ? ¿Puedo hablar?» Hizo entonces uso de la palabra.

Pronunció un breve discurso, dictado por el histerismo, incoherente, en defensa de la rebelión militar, nos dice un cronista. Se dio suel-

ta a bufidos, voces, vítores, y Unamuno pudo, a su vez, retomar el hilo de sus palabras :

«Acabo de oír el grito necrófilo y sin sentido de ¡Viva la Muerte ! Esto me suena lo mismo que ¡Muera la vida ! Y yo, que me he pasado la vida creando paradojas que provocaron el enojo de los que no las comprendieron, he de decirles, como autoridad en la materia, que esta ridícula paradoja me parece repelente. Puesto que fue proclamada en homenaje al último orador, entiendo que fue dirigida a él, si bien de una manera excesiva y tortuosa, como testimonio de que él mismo es un símbolo de la muerte. ¡Y otra cosa ! El general Millán Astray es un inválido. No es preciso decirlo en un tono más bajo. Es un inválido de guerra. También lo fue Cervantes. Pero los extremos no sirven como norma. Desgraciadamente hay hoy en día demasiados inválidos en España. Y pronto habrá más, si Dios no nos ayuda. Me duele pensar que el general Millán Astray pueda dictar las normas de psicología de las masas. Un inválido que carezca de la grandeza espiritual de Cervantes, que era un hombre (no un superhombre) viril y completo a pesar de sus mutilaciones, un inválido, como dije, que carezca de esa superioridad de espíritu, suele sentirse aliviado viendo cómo aumenta el número de mutilados alrededor de él.

»El general Millán Astray no es uno de los espíritus selectos, aunque sea impopular o, quizá por esta misma razón, porque es impopular. El general Millán Astray quisiera crear una España nueva (creación negativa sin duda) según su propia imagen. Y por ello, desearía ver a España mutilada, como inconscientemente dio a entender.»

En este punto interrumpió Millán Astray al grito de «¡Muera la inteligencia!», matizado por un José María Pemán que intentaba restañar lo irrestañable con el de «¡No ! ¡Viva la inteligencia! ¡Mueran los malos intelectuales!» Sabía Pemán de lo que hablaba. 1935 : conferencia en Acción Española ; título : «La traición de los intelectuales» ; destino : la futura política franquista.

Es imaginable la pita que se armó entre falangistas, profesores y público, frente a un viejo que se había atrevido a decir lo que nadie en España, en aquellas circunstancias, habría sido capaz de espetarle a un ser moralmente tan repulsivo. Cuando Unamuno logró hacer de nuevo el silencio, continuó:

«Éste es el tiempo de la inteligencia, y yo soy su sumo sacerdote. Vosotros estáis profanando su sagrado recinto. Yo siempre he sido, diga lo que diga el proverbio, un profeta en mi propio país. Venceréis, pero no convenceréis. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta.



Pero no convenceréis, porque convencer significa persuadir. Y para persuadir, necesitáis algo que os falta : razón y derecho en la lucha. Me parece inútil pedir os que penséis en España. He dicho.»

Cuánta grandeza en las palabras de Unamuno, cuánta dignidad en su acto, que ilimitado coraje quijotesco: ¡el solo contra follones, malandrines y gigantes! Nadie, durante la guerra, ni en las trincheras del frente ni en la retaguardia, estuvo tan cerca de la muerte ni la desafió con más arrestos.

En ese momento Carmen Polo, escudada en Pemán, le dio su brazo, y así, amparado por la mujer del ya proclamado Jefe del Estado y el orador gaditano, salió de la universidad, mientras le protegían de falangistas y legionarios que querían llevárselo para el paseo o lincharlo allí mismo.

Esa misma tarde Unamuno, como todas las tardes, se dirigió al Casino, del que era presidente honorífico, y allí, al entrar, fue insultado de nuevo violenta y reiteradamente, y expulsado. Jamás volvió a poner en él los pies, y en Salamanca empezó a saberse que la vida del rector corría serio peligro.

Diez días después la rueda de la fortuna dio un vertiginoso molinete, y un decreto, firmado por Franco, le volvía a destituir de todos sus cargos. Ni concejal. A Unamuno entonces, confinado de nuevo en la isla de su casa, apenas se le vería.

Andrés Trapiello, *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil* (1936-39).
Barcelona, Planeta, 1944; pgs. 42-44